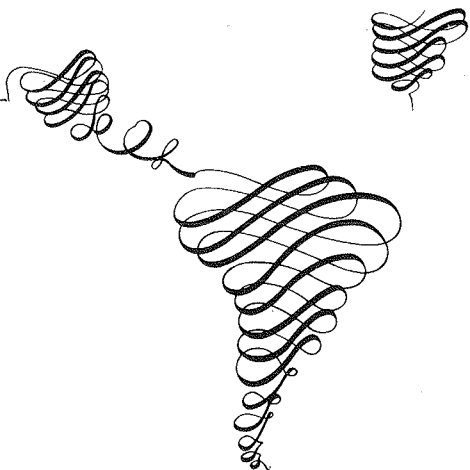




La Exposición Universal, un espejo mágico del mundo

Emilio Cassinello *

Las exposiciones y el espacio-tiempo

LAS auténticas Exposiciones Universales, las que han tenido éxito, lo han sido, además, porque se convirtieron en acontecimientos-símbolo: llegaron a la imaginación de millones y quedaron en la memoria durante mucho tiempo, como sólo ocurre con aquellas experiencias que dejan huella de un encantamiento para toda la vida. Como la impronta que el hielo dejó en la mente del personaje de Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*:

* Embajador. Comisario General de la Exposición Universal de Sevilla.

«Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo». Un poco más adelante continúa Márquez: «El mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo». Tengo la certeza de que será una experiencia inolvidable conocer el mundo a través de la Exposición Universal de Sevilla, fascinarnos por lo reciente que parece, lo sorprendente y lleno de contrastes —como el hielo en un país tropical. El poder simbólico de un acontecimiento surge de esta acumulación de elementos tan diversos, un conglomerado de cosas que jamás se pensó pudieran estar juntas. Esta Exposición Universal tiene todas las condiciones para convertirse en un acontecimiento-símbolo: para España, para Europa, para América, para el resto de la comunidad internacional presente en ella y, por qué no decirlo, para los tiempos históricos que corren, de cambios, esperanzas, incertidumbre y peligros sin precedentes.

Según Stephen W. Hawking, el Universo tiene más de 10.000 millones de años. Su futuro —indefinida expansión o colapso— depende de que la densidad de materia en el cosmos alcance o no un determinado valor —la llamada densidad crítica. Más allá de este valor la gravitación frenaría la expansión y provocaría la implosión general. Uno se queda pensando, ¿verdad?: «Esto en nada nos afecta». La profecía es muy lejana (en el peor de los casos no menos tiempo del ya transcurrido). Y sin embargo, cuánto cambiarían nuestras ideas, filosofías y creencias sobre nuestro lugar en el Gran Esquema. Una cosa es la evolución de las cosas y otra la evolución de nuestra conciencia sobre ellas. Nos preguntamos: ¿cuál va más deprisa? ¿Llegará todo a un fin antes de que nuestro entendimiento llegue a explicárselo todo? ¿Cuál es la densidad crítica de la conciencia en la incommensurabilidad del espacio-tiempo? Estoy seguro de que los sacerdotes de Apolo en Delfos darían cualquier cosa por el privilegio de anunciar ésta, la mayor de las profecías posibles; y García Márquez podría reescribir, con el realismo más preciso, el final tremendo de *Cien años de soledad*, donde el apocalipsis del universo Macondo estaba predicho en unos misteriosos pergaminos cifrados. Más allá de la literatura, lo que sí podemos decir es que, definitivamente, el universo no tendrá una segunda oportunidad de entenderse a sí mismo. Ni nosotros tampoco. Lo que es lo mismo.

Las Exposiciones Universales no tienen más de 150 años de historia. Desde la gran Exposición del Crystal Palace, en Londres, en 1851, se han celebrado 65 exposiciones internacionales o universales en 40 ciudades. Las tres últimas (Bruselas 58, Montreal 67, y Osaka 70) han sido vistas por más de 150 millones de personas. Sin duda, como su propio, ambicioso nombre indica, las Exposiciones Universales responden a la pulsión de una época caracterizada por la universalidad y la aceleración histórica. Entre las muchas maneras que tiene la sociedad de

escrutar su futuro, las «expos», por su capacidad de concentrar en un sitio reducido, y en un período relativamente corto, las más variadas parafernalias demostrativas de las más diversas facetas del ingenio humano, se han convertido en formas *sui generis* de adivinación de la dirección y sentido de los tiempos que nos llevan.

Auténticas polis del cosmos humano, las «expos» conservan el impulso enciclopédico de la Ilustración, arrastran aún algo de la fe decimonónica en el progreso, e incorporan el gusto actual por lo nuevo y el sentido de la aventura. En ellas la civilización industrial hace intentos —quizás vanos, a veces narcisistas, casi siempre ambiciosos— por comprenderse. No ya teóricamente, que para eso hay universidades, museos y academias, sino construyendo, congregando, como al albur de una conjetura necesaria para su psique angustiada, su propia realidad ideal —abigarrada, contradictoria y onírica, a veces francamente efímera— hecha de lo último que la imaginación ha desbordado sobre los límites de lo factible; el tópico «lo que hay que ver» o «lo nunca visto», por no haber sido todavía probado, absorbido por la realidad cotidiana. De esta ebullición creativa, las «expos» han destilado grandes y pequeñas ideas que han sido presentadas en buena sociedad para pasar después a la categoría gris de lo normal. Entre ellas el teléfono de Graham Bell, el fonógrafo de Tomas Edison, la primera máquina de escribir Underwood, el aire acondicionado, la energía atómica, las películas en color, la luz eléctrica —de neón y fluorescente— la fibra de vidrio, el láser, la segadora McCormick, ascensores y cintas rodantes, el nailon, la robótica, los rayos X y la cremallera, los jardines de infancia, los parques temáticos y las tarjetas postales. El «invento» de las Exposiciones Universales funciona, así, como un gran laboratorio de ensayo sociológico de aceptación y divulgación de nuevas ideas.

Exposiciones y progreso

NUESTRA época histórica se ha ido mirando en las sucesivas Exposiciones Universales ante un espejo construido como una realidad *ad hoc* con los últimos materiales —muchos todavía dudosos— del progreso. Ante él, el siglo se contempla entre el vértigo por la magnitud de los cambios introducidos o la osadía de su imaginación de los posibles, y la fascinación por su poder de penetración de los secretos del Universo, de someter, en fin, la historia a una aceleración que asemeja el frenesí hacia un clímax, todavía no sabemos si divino o infernal.

El primer antecesor *homínido* del hombre empezó a caminar erguido sobre las piernas —y por tanto a percibir y manipular el mundo de una forma nueva— hace cuatro millones de años. El homo *habilis* aprendió a utilizar instrumentos hace dos

millones de años, y el primer hombre «prometeico» logró dominar el fuego hace sólo medio millón de inviernos. Enterramos a nuestros muertos, con cierta conciencia de un «más allá», hace 200.000 años; «descubrimos» América (iel Nuevo Mundo!) hace al menos 30.000 años; somos artistas (en Altamira) desde hace 20.000; domesticamos animales 12.000 años ha; nos hicimos agricultores y nos juntamos en la primera ciudad, allá por el Norte de Irak, hacia el 8.000 a.C. Pero no aprendimos a escribir hasta hace 5.500 años. Y Herodoto empieza a relatar sistemáticamente las historias de sus antepasados en el 430 a.C. El resto, como suele decirse, es historia, más o menos.

En esta vasta secuencia, los últimos 500 años no son nada, pero nuestra conciencia y conocimiento de los mismos es altísimo por comparación, y todo lo sucedido en ellos resulta novísimo. Si algo enseña esta perspectiva es a medir el tiempo histórico según cambios fundamentales. En este «corto tiempo», la historia ha adquirido una nueva dimensión. Se ha hecho más densa, ha dejado de ser una multitud de aventuras inconexas para ir haciéndose, cada vez más, una historia universal, que abarca ya toda la dimensión de la Humanidad sobre el planeta. La interdependencia global entre todas las áreas geográficas y culturales es el resultado de la densificación de los intercambios posibles —de personas, recursos y, sobre todo últimamente, de información y de ideas— gracias a una red planetaria, cada vez más tupida, de comunicaciones y transportes, tendida en los últimos 500 años. Pero no sólo hemos traspasado las barreras geográficas, sino también las mentales. En este tiempo han caído más dogmas y verdades establecidas que en toda la historia anterior conocida. Debido fundamentalmente a la multiplicación de los intercambios multidireccionales entre todas las parcelas del conocimiento, y a la creciente ósmosis entre todas las áreas de actividad del ser humano (las diversas ciencias y tecnologías, la producción y el comercio, el arte, la religión, el pensamiento y la política). Todo lo cual ha repercutido en, y ha sido facilitado por, la extraordinaria movilidad y comunicación entre clases y grupos en el interior de la sociedad moderna —es decir, el avance de la libertad y la democracia.

La «Expo» de Sevilla

La Exposición Universal es un microcosmos de la sociedad mundial, un modelo a escala —como todos, necesariamente imperfecto y simplificado— que reproduce la confluencia de factores que hacen la civilización, exponiendo cada uno a todos los demás en ese intercambio multidireccional que constituye la modernidad, la especial intensidad de nuestro tiempo histórico. Las ciencias y las tecnologías, la arquitectura y la ingeniería, el diseño y

la jardinería, la moda y la gastronomía, el pensamiento, las artes y el espectáculo, en un gran Teatro del Mundo que escenifica los parámetros de la civilización, desde el suelo de los grandes cambios materiales a ese cielo protector hecho de creencias y mitos, filosofías y teorías científicas. Entre ellos discurre nuestra historia de todos los días, entre el microondas y la teoría del big bang, entre el fax y la particular manera que cada uno tiene de imaginar su existencia o concebir el más allá. En esta forma envolvente, multidisciplinar, poco sistemática pero espectacular y sugestiva, de mezclar las cosas que intervienen en nuestra vida, consiste la universalidad de una Exposición Universal. No es ni un museo ni un parque de atracciones, sino todo lo contrario. Regis Debray la ha definido acertadamente: la Exposición Universal es una criatura mestiza de Diderot y Walt Disney, la ambición intelectual de la Enciclopedia casada con las técnicas expositivas más avanzadas y el sentido moderno del espectáculo. Se trata, sobre todo, de hacernos pensar y de hacer saltar la imaginación hasta la fundación misma de las cosas cotidianas.

Para ello se ha levantado, en tan sólo 5 años, una ciudad prodigiosa concebida por más de 600 autores —arquitectos, ingenieros y diseñadores— de todos los rincones de la tierra; una cosmo-polis en una isla donde el mundo y la Historia se han hecho un laberinto. Japón es vecino de Arabia Saudí y Nueva Zelanda hace frontera con EE.UU.; Francia excava un pozo de imágenes, Suiza levanta una torre de papel de 25 m, y el Reino Unido una «catedral» de agua del tamaño de Westminster; la ex Unión Soviética construye una escalera gigante y México agiganta la «X» de su nombre a 18 m de altura. Un lugar fantástico que ha transmutado un monasterio cartujo del 1400 en exponente de la Revolución Industrial del 1800; y ha visto llegar desde cuatro continentes 350.000 árboles y plantas de mil especies y variedades, la mayoría de ellas americanas, junto a un *ombú* americano, plantado por el hijo de Cristóbal Colón, que llevaba casi cinco siglos esperando en un terreno abandonado que se inundaba cada 10 años desde tiempos inmemoriales.

La Exposición Universal es un ordenador lúdico e iconoclasta de tiempos y geografías que maneja la lógica de los símbolos. Con esta economía expresiva, en el Pabellón de los Descubrimientos, 20.000 personas por día cubrirán en una hora 500 años de hallazgos, invenciones e ideas que han cambiado el mundo. Desde la bodega de una nao del siglo XVI y el mapa mundi de Juan de la Cosa, al telescopio de Hubble y la expansión del universo; pasando por Galileo, Kepler, Descartes y Newton; por la biblioteca y el laboratorio, la imprenta y la Enciclopedia, el supermercado y el ordenador; del cuerpo humano de Leonardo y Harvey a la biología genética y la exploración del cerebro; con la máquina de vapor a las minas de carbón y el tren; pero también de la esclavitud y De las Casas al sufragio femenino y la descolonización; del «buen salvaje» a Frankenstein y Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

Que el profesor Hawking, paralizado sobre una silla de ruedas, pueda prede-

cir los futuros posibles del universo, o retrotraerse a su origen hace más de 10.000 millones de años, nos produce una sensación casi religiosa, similar a la que debieron sentir los antiguos griegos ante el oráculo del dios Apolo en Delfos. Para los legos, incluidos los muy cultivados y licenciados en letras —es decir, los vulgarmente llamados «intelectuales»— la aproximación a una ciencia con semejantes poderes sigue siendo mágica. En este contexto, «nuestros» 500 años, los de los letrados, equivalen a una nadería despreciable, pero se agigantan y hacen casi inabarcables ante la complejidad y magnitud de los cambios en ellos ocurridos. Reflejar o exponer un período histórico «tan vasto» puede parecer excesivo o, incluso, para algunos, un inútil ejercicio académico. Lo cual revela la impotencia de la cultura humanística y de las llamadas ciencias sociales —incapaces de prever lo que ocurrirá pasado mañana en el Este de Europa— por comparación con la cultura científica, que se atreve nada menos que a predecir el futuro del universo—ique en nada nos afecta, mientras la Historia nos hace y nos deshace todos los días! Tal es la inestabilidad con que nos movemos, o lo que los matemáticos llaman el factor caos, en la ecuación de la Historia. Inestabilidad que llega a la psique colectiva, escindida entre el optimismo y la seguridad de la cultura científico-técnica y el pesimismo y las dudas de la tradición humanística. Mientras científicos y técnicos no cesan de crear un mundo nuevo, intelectuales y científicos sociales no dejan de proclamarse escépticos ante sus consecuencias (¿El Mundo Feliz de Huxley?) sobre un nuevo conglomerado humano, hecho de pueblos antiguos, muy lejos aún de entenderse a sí mismo.

Asombra pensar lo reciente que es el mundo en que vivimos y las cosas que lo habitan. Estamos, por ello, poco entrenados en su manejo. Vivimos en un Macondo global construido en los últimos 500 años. No ya la mayor parte de las cosas y los hombres que las designan son nuevos, sino incluso la mayoría de las lenguas, dichas modernas, nuestra sintaxis, que es tanto como decir nuestra forma de pensar y percibir el mundo, son también nuevas. La simbología del «Nuevo Mundo», más que un nuevo continente, anunciaba una nueva era. Tan diferente y tan nuevo era todo que hasta lo más familiar se tornaba extraño: «había perros que jamás ladraron», dice Colón asombrado, en su diario.

Las exposiciones, espejo del mundo

Si hubiera que comparar las grandes exposiciones como género de comunicación de masas, con un estilo literario, éste sería sin duda el realismo mágico. Las «expos», efímeras y caprichosas en las fechas —aunque suelen llegar por primavera, entre marzo y abril— se plantan a la vera de

nuestra aldea planetaria como el gitano Melquíades con su carpa junto a Macondo, «y con un grande alboroto de pitos y timbales (dan) a conocer los nuevos inventos». La gran Exposición inspira, sucesiva o alternativamente, fascinación, asombro ingenuo, recelo y hasta sarcasmo descreído, ante el poderío de la ciencia y la técnica, el deslumbramiento de lo novedoso y la gran amalgama exótica de culturas y países, descubrimientos, ideas fantásticas y fanfarria festiva. Como los personajes de ficción de García Márquez —«cuya desaforada imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza y aún más allá del milagro y la magia»— ante el hielo, el imán («la octava maravilla de los sabios de Macedonia») el catalejo, la dentadura postiza, la energía solar concentrada por una lupa del tamaño de un tambor («el último descubrimiento de los judíos de Amsterdam»), los mapas portugueses, el astrolabio, la brújula y el sextante, los siete metales correspondientes a los siete planetas o el laboratorio de alquimia que volvió loco a José Arcadio Buendía «y ejerció una influencia terminante en el futuro de la aldea». Macondo, «fundado para no tener que emprender el camino de regreso, porque sólo conducía al pasado», y sus cien años de soledad, de locura por las alucinaciones solitarias de la ciencia, de guerras y desamores, es la parábola de la rotura interna de nuestra reciente civilización y su constante fuga hacia adelante. El espíritu del hombre moderno, que se desvive, enfebrecido, por hallar «un método exacto para encontrar el mediodía», o «navegar por mares ignotos, visitar territorios deshabitados y trabar relación con seres espléndidos, sin necesidad de salir del gabinete»; capaz de descubrir «por pura especulación astronómica» que «la tierra es redonda como una naranja», de intentar el doblado del oro con «fórmulas de Moisés y Zosimo» o «la fabricación de la piedra filosofal», es moral y culturalmente raquíptico para poner paz con sus vecinos y hallar amor en su propia casa. «En el mundo —dice José Arcadio Buendía— están ocurriendo cosas increíbles, ahí mismo, al otro lado del río, hay toda clase de aparatos mágicos, mientras nosotros seguimos viviendo como burros».

La explosión demográfica, el subdesarrollo en amplias regiones y el desequilibrio brutal de riqueza y poder; la progresiva integración económica en un solo mercado mundial, la limitación de los recursos energéticos y alimenticios de la humanidad y la precariedad del equilibrio ecológico del planeta; la saturación armamentística, la hipertrofia del estado burocrático moderno y la institucionalización de un sistema de relaciones internacionales; el avance imparable de las comunicaciones y transportes que empequeñecen la Tierra y las posibilidades insospechadas que la ciencia y la técnica nos ofrecen para descubrir y, en su caso, manipular, las estructuras originales de la vida, la energía-materia y el universo; éste es nuestro Macondo actual, mucho más alucinante, por más vasto y más complejo, que el de la literatura. ¿Son nuestros ingentes problemas, que ya inextricablemente nos unen, mayores, o crecen más deprisa, que las posibilidades técni-

cas a nuestro alcance para resolverlos? ¿Avanzará el conocimiento científico siempre más rápido que los mecanismos para su control y aplicación social, o el consenso sobre los criterios morales en su utilización? ¿Son nuestras sociedades tan complejas, la comunidad internacional tan abismalmente diferenciada, económica y culturalmente, y sus conflictos tan intratables que nuestra conciencia moral y política quedará definitivamente abrumada?

En la novela de García Márquez, el gran Melquiades, una especie de Leonardo ambulante, que poseía las claves de Nostradamus, y «parecía conocer el otro lado de las cosas», estaba convencido de que éstas tienen vida propia —«todo es cuestión de despertarles el ánimo», decía. Dominaba las fórmulas secretas de la alquimia, la mezcla y la amalgama, y fue él quien escribió los pergaminos cifrados que profetizaban el final del universo Macondo, y que el último Buendía desenrañó «como si se estuviera viendo en un espejo hablado».

Como en un laboratorio de alquimia, en la Exposición Universal se amalgaman los elementos más diversos de la civilización moderna y se ponen frente a frente las ciencias y las humanidades, el arte y la razón, la naturaleza y la tecnología, el individuo y la sociedad; para que las cosas nuevas que se crean a nuestro alrededor encuentren no solamente su nombre adecuado, sino también su ánimo, su sentido y lugar en el cambiante cosmos humano. La «Expo» es, también, una gran fiesta, en su sentido profundo de celebración del ingenio humano y de mezcla de gentes, razas y culturas. En ella se concentran y potencian las fuerzas civilizadoras y las tendencias integradoras de la humanidad. En tanto que símbolo por excelencia de esa densidad laberíntica, quizá crítica ya, que ha alcanzado el tiempo histórico, cabe descifrarla como si fuera un espejo mágico del mundo.